

## La angustia en Freud y Lacan

Carlos Barredo

Las referencias freudianas de Lacan en su seminario son los textos: "Inhibición, síntoma y angustia" y "Lo siniestro", con los que discute para ir construyendo lo que llamará su "invención": el objeto "a".

Noción compleja, con antecedentes en la literatura psicoanalítica en el objeto perdido de Freud, el transicional de Winnicott o los objetos parciales de la pulsión, para la que solo la denominación por medio de una letra: "a" minúscula, a modo de una notación algebraica, permite reconocer su identidad bajo las diversas incidencias de su aparición. Designar esa pequeña "a", además, con el término "objeto", implica ya inevitablemente un uso metafórico que remite a la relación sujeto/objeto, en la que el término "objeto" se constituye designando la función general de objetividad, cuando lo que se intenta mencionar con el término "a", es un objeto ajeno a toda definición posible de objetividad.

Extraño objeto este que carece tanto de imagen como de significante que pudiese representarlo, que por tanto no es posible verlo ni descifrarlo, que proviene de lo real imposible de aprehender por medios imaginarios o simbólicos, pero que sin embargo opera como causa de todo lo que se dice y se hace. Este objeto que no pertenece al campo de lo sensible, no es del orden de lo fenoménico, sino más bien del orden de lo racional (**noumeno**: realidad inteligible, creación de la Razón), que entonces solo puede intuirse sin ser constatable, ya que lo que lo único que se constata es el deseo, del que ese objeto constituye la causa.

Resultado de una transformación que hace del objeto situable, ubicable por medio de referencias e intercambiable, algo privado e incomunicable, es lo que Lacan escribe con una letra y que le permite

afirmar que la angustia "no es sin objeto". Fórmula que sostiene la relación de la angustia con un objeto que no es el objeto de la angustia, ya que el uso del "no sin..." (pas sans), no dice que se sepa de qué objeto se trata.

Cuando estos objetos no compartibles ingresan en el campo del intercambio y se tornan reconocibles, la angustia, que es su única traducción subjetiva, muestra la particularidad de su estatuto: son anteriores a la constitución del objeto común, comunicable, socializado.

La angustia introduce a una función radical en nuestro campo: la función de la falta, que es inherente a la constitución de la subjetividad tal como aparece por la vía de la experiencia analítica. La angustia no es señal de falta, sino de la falta del apoyo que la falta otorga. Lo que angustia es que la relación a la falta con la que el niño se instituye, la falta que lo hace deseo, se perturba cuando una demanda incoercible de la madre impide, cierra la posibilidad de la falta, reduciendo el niño al objeto demandado.

Para Freud la angustia deviene señal de un peligro, pero si el yo es el lugar donde la señal alumbrada, es en tanto no es para él que la señal se emite, sino para que el sujeto se advierta de un deseo, de una demanda que no concierne a ninguna necesidad, sino a su ser mismo, que lo pone en cuestión, no se dirige a él como presente sino como esperado. Este deseo del Otro lo pone en causa, lo interroga en la raíz de su deseo como "a", causa opaca a la que apunta en una relación temporal de antecendencia, que queda por detrás, y no objeto intencionado que tendría por delante. Esa dimensión temporal es la angustia y es también la del análisis. La angustia en cuestión es la que en tanto analistas provocamos, que nos responde. Es en tanto el **deseo de analista** suscita en el analizante la dimensión de la espera, que queda tomado en la eficacia del análisis.

Si el deseo implica por un lado la presencia de la cadena significativa que hace del mundo una red de marcas, las derivas de esa cadena

convierten al mundo del ser hablante en algo engañoso. La angustia, en cambio, como corte sin el cual sería impensable el surco del significante en lo real, corte que al abrirse deja aparecer lo inesperado, nos permite orientarnos, en tanto lo que esperamos y que hace a su verdadera sustancia es “eso que no engaña”. Así solo la noción de lo real, en la función opaca que lo opone al significante, nos hace de brújula, hacia allí apuntamos. El “algo” que menciona Freud (“la angustia es ante *algo*”), para lo que la angustia funciona como señal, es del orden irreductible de lo real. De allí que la angustia, modo en que lo real se presenta en la experiencia, es señal de lo que no engaña.

Importa destacar, por un lado, la originalidad de este concepto, al que llamamos: “el objeto *a* de Lacan” en tanto es él quien lo construyó, y por otro su coherencia conceptual con lo que ha venido desarrollando en los años previos al seminario de “La angustia” y con los ulteriores cuando se enfoque en el registro del goce, los objetos “plus de gozar”, el esquema de los discursos, las nociones de “*lalangue*” y “*parlêtre*”, etc.

Quisiera centrarme ahora en la idea de que si Lacan dedica un año de su seminario al tema de la angustia como afecto determinante del trauma, es con la intención de discrepar con Freud en lo que hace al punto de detención que constituiría la angustia de castración en el final del análisis. Es la tesis sostenida por Freud en “Análisis terminable o interminable”, consecuencia lógica de haber planteado a la sexualidad como origen irreductible de las neurosis y a la angustia como monumento recordatorio de la excitación inmanejable del trauma original y señal de peligro inminente y de concebir la transferencia como el ámbito de repetición de estas penurias de infancia, lo que le permitió sustentar su más allá del principio del placer.

Ahora bien, si la transferencia queda reducida al régimen de repetición de los afectos provenientes del drama infantil, en tanto estos son irreductibles, el análisis se ve llevado, más allá de sus efectos terapéuticos parciales, a un final de reivindicación sin salida, dirigido al

analista en forma de sobrecompensación masculina o de **penisneid**.

Lacan agregará a esta concepción diacrónica, de repetición de lo vivido, que insiste sobre el elemento histórico, la noción de una dimensión sincrónica de la transferencia, la de algo que está incluido, latente en la posición del analista y donde yace, en el espacio que la determina, la función del objeto parcial. Esta función del análisis como espacio o campo del objeto parcial, sería aquello ante lo que Freud se detiene en “Análisis terminable e interminable”.

La vía que Lacan propone para atravesar ese límite por medio de su noción de **objeto a**, resulta bien ilustrada en un fragmento de una novela de Herman Melville: “Pierre o las ambigüedades”, citada por Deleuze en su libro sobre el saber en Foucault, cito:

*Había aún millones de cosas que no se habían revelado a Pierre. La vieja momia está enterrada bajo múltiples vendas; hace falta tiempo para desenvolver a este rey egipcio. Debido a que Pierre comenzaba a atravesar con la mirada la primera capa superficial del mundo, se imaginaba en su locura que había alcanzado la sustancia no estratificada. Pero por lejos que los arqueólogos hayan descendido en las profundidades de la tierra, no encontrarán más que estrato sobre estrato, puesto que hasta su eje el mundo no es más que superficies superpuestas. Al precio de un inmenso esfuerzo nos abrimos una vía subterránea en la pirámide, y al precio de andar horriblemente a tientas llegamos al habitáculo central. Con gran regocijo descubrimos el sarcófago, levantamos la tapa y... ¡no hay nadie! El alma del hombre es un vacío inmenso y aterrorizante.*

La cuestión será entonces qué hacer con este horror de saber de mi ser, como objeto de desecho, en ese hueco del saber.

El análisis empuja al analizante hacia la revelación de lo que no quiere saber de sí mismo y de las consecuencias del inconciente, que supone la relación al sujeto supuesto saber a la vez que programa su caída.

El amor al saber que alimenta la transferencia y demanda

interpretación solo encontrará como respuesta la “neutralidad benevolente” de la regla de abstinencia, y la expectativa de saber que motoriza la dimensión de espera de la transferencia tenderá a verse decepcionada por las revelaciones que emergen en el terreno de la asociación libre, como tales siempre parciales o alusivas, nunca conclusivas en tanto carecen de un término que valga como respuesta última. La verdad del inconciente es, por estructura, no-toda, solo se dice a medias en las resonancias del equívoco. La represión, a causa de la **Urverdrangung** nunca se levanta sino parcialmente. La hipótesis transferencial ha de revelarse al término del análisis como una ilusión operatoria pero engañosa, en tanto el inconciente es un saber sin sujeto que, siendo inaprensible determina la castración.

Esta desilusión de estructura, en la que desemboca la experiencia transferencial, lleva a que los sentimientos depresivos sean mentados en relación con los fenómenos del fin del análisis. El modelo debería ser más bien el del duelo, en tanto este término alude a lo provisorio del sufrimiento, que luego del lapso del luto ha de dar paso a otra cosa, mostrando que la insatisfacción depresiva no es el afecto propio del final.

Interesa destacar especialmente la diferencia entre los efectos de estructura de la fase final, válidos para todos, y lo que convoca la dimensión ética de la respuesta del sujeto ante la imposibilidad de saber, en lo que hace a su singularidad, ya que Lacan define la ética como una posición del sujeto respecto de lo real y no respecto de las normas, los ideales o valores del discurso. Posición que implica la responsabilidad del sujeto a la vez que un margen de libertad sin el cual sería solo un juguete del inconciente.

La postura de Lacan a través de las diversas versiones del fin del análisis que formula en su enseñanza, apunta siempre a señalar que la frustración de transferencia, la **re-petición** de la demanda, es de estructura, pero que no obstante la expectativa del ser, al término de la experiencia puede, incluso debe, ser satisfecha. Deber ético para el analista de no dejar al analizante en los enredos entre esperas y

desesperanzas transferenciales y privado del efecto terapéutico mayor del análisis: el efecto del final.

El sujeto que padecía los efectos del saber inconciente, sin saberlo, y que esperaba reducirlos, sabe ahora de lo irreductible del saber en lo real por el que se ve afectado y de lo que eso implica de incurable. Es esta la revelación inesperada del análisis, a la que el sujeto se ve confrontado, pudiendo responder con una opción íntima de rechazo (la reacción terapéutica negativa descrita por Freud) o de aceptación y consentimiento haciendo lugar a una satisfacción novedosa.

Aceptación no resignada de lo irreductible del saber inconciente en lo real, que pone un término a la búsqueda del analizante, con el alivio consiguiente de poder concluir con el análisis luego de tanto tiempo transcurrido. Consentimiento que resulta de esa conversión del horror en entusiasmo que para Lacan origina y sostiene ese deseo inédito: el deseo de analista, que abre la posibilidad, para un sujeto que ha atravesado un proceso de transformación en la economía de su deseo, de convertirse en analista. Posición subjetiva que, por otra parte, no todo análisis produciría.

Este planteo evoca la cuestión freudiana de un estado del sujeto que solo resultaría de haber pasado por la experiencia del análisis, sin embargo, hacer de ese entusiasmo un signo necesario de la existencia del analista es dar a la presencia del afecto una función novedosa, postulando que esa “oscura decisión del ser”, en su contingencia, adquiere primacía sobre el saber adquirido. De lo que puede concluirse que el deseo de analista, mucho menos frecuente que el deseo de ser analista, no ha de ser igual de accesible para todo analizado.

Durante el análisis, en la carrera en pos del espejismo de la verdad, el sentido y el goce del sentido cobran primacía sobre lo real del goce fuera del sentido. Pero, para que haya un fin, Lacan sostiene que lo real, contraponiéndose a esa carrera, ha de poner un freno a los amores con la verdad. La satisfacción que marca el fin surge para

poner fin a esa otra satisfacción que ha estado sosteniendo todo el proceso del análisis. Este cambio de satisfacción no obedece a ningún automatismo, es solamente posible, pero el estar advertido de esta posibilidad como resultado de su análisis de formación es lo que permite luego al analista ponerse al servicio de la transferencia y sus señuelos.

Nueva satisfacción que indica un fin, menos ligado a una conclusión articulada que a un cambio de goce y que más que un signo de esa conclusión es lo que toma su lugar, vale por ella. Este viraje, cambio de rumbo teórico, está relacionado con el énfasis que Lacan, en esta época, pone sobre lo real por fuera de lo simbólico, campo del viviente que, por estar marcado por **lalengua** en la pulsión y en el síntoma, no deja de constituir un desafío sobre lo que de eso se puede saber o decir con certeza. Lo que es seguro es que afecta, y que eso, no engaña.

## RESUMEN

Se intenta dar cuenta de la originalidad de la noción de **objeto a** y de su coherencia conceptual con distintos momentos de la enseñanza de Lacan. Se describen sus consecuencias sobre la manera de concebir el fin del análisis en sus diferencias con el fin freudiano. Se postula un tipo de satisfacción, que resulta más de un cambio de goce que de una formulación articulable, como marca del fin, ligada a un giro teórico que enfatiza lo real por fuera del sentido.

## Referencias bibliográficas.

Lacan, J. (1962) L'angoisse. Le seminaire, livre X. Ed. du Seuil. Paris

2004.

Deleuze, G. (1985) El saber. Curso sobre Foucault. Tomo 1. Ed. Cactus. Buenos Aires 2013.

Soler, C. (2011) Les affects lacaniens. P.U.F. Paris 2011.